

LA PERCEPCIÓN DEL ASPECTO EN LAS *INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS*¹

ASPECT PERCEPTION IN THE PHILOSOPHICAL INVESTIGATIONS

Javier Vilanova Arias

Recibido: 08/01/2015

Aceptado: 07/02/2015

RESUMEN

Se ofrece una exégesis del análisis wittgensteiniano de la familia de nociones emparentadas con la percepción del aspecto, centrada en las relaciones de este tema con la explicación general del lenguaje ofrecida en la primera parte de las *Investigaciones Filosóficas*. La tesis exegetica fundamental es que los parecidos y diferencias involucrados en el ver como (y en el apercibimiento de aires de familia en general) están fundamentados in re, y no son puestos o contruidos por el sujeto. A la luz de esta exégesis, se exploran las posibilidades de aplicar el análisis wittgensteiniano a algunos problemas filosóficos contemporáneos.

PALABRAS CLAVE: Wittgenstein, ver como, cambio de aspecto, figuras dobles, ilusiones ópticas.

ABSTRACT

This paper provides an interpretation of Wittgenstein's analysis of aspect perception and related notions. The main exegetic thesis is that similarities and differences involved in "see as" and the perception of family resemblance in general are founded

¹ Este trabajo ha contado con el soporte del proyecto de investigación FFI2013-41415-P del Ministerio Español de Economía y Competitividad y del grupo de investigación complutense UCM 930664. Versiones preliminares y bastante tentativas de las ideas aquí expuestas fueron presentadas en el *II Seminario Wittgenstein* (Santiago de Chile 2011) y en el *Symposium The bounds of judgment, Theories of Judgement and Cognitive Attitudes* (Santiago de Compostela 2012), a cuyos participantes debo agradecer sus muchas observaciones y sugerencias. También debo y deseo dar las gracias a la Profesora Stella Villarnea, quien tuvo la cortesía de leer el manuscrito original, por sus ánimos, consejos y correcciones, así como a los anónimos informantes de esta revista.

in reality, and are not imposed or built by the perceiver. Some applications of Wittgenstein analysis according to this interpretation to contemporary philosophical issues are explored.

KEYWORDS: Wittgenstein, aspect seeing, change of aspects, optical illusions.

1. EL PROBLEMA

Este trabajo versa sobre una interpretación. La interpretación de uno de los apartados más difíciles y controvertidos de una obra harto oscura y bien controvertida de por sí: el capítulo XI de la segunda parte de las *Investigaciones Filosóficas*, en el que Ludwig Wittgenstein analiza una familia de nociones unidas por su parentesco común con la percepción de aspectos. Aunque, como es natural, mi trabajo parte de exégesis previas, y adopta algunas de ellas como las adecuadas, espero que contribuya a iluminar algún punto oscuro y a responder alguna cuestión que éstas dejaban abiertas (apartado 6). Además, propone una tesis hermenéutica (apartado 5), que aun siendo arriesgada, en caso de ser correcta no sólo aclararía enormemente el lugar de esta sección en el proyecto general de las *Investigaciones*, sino que ayudaría a entender mejor la propuesta global de la obra (o, al menos, permite entenderla mejor “de una determinada manera”).

Si bien, como he dicho, me concentraré en el capítulo XI de la segunda parte de las *Investigaciones*, comenzaré haciendo notar que el interés de Wittgenstein por la percepción de aspectos en general, y por las dobles figuras en particular, no se ciñe a esas páginas, sino que es constante en toda su trayectoria intelectual. Además, prácticamente en todos los lugares en que hace su aparición el tema está ligado a los de la comprensión y la interpretación. Para empezar, ya en los diarios de guerra, al tratar el tema de la probabilidad se hace una mención a los acertijos gráficos (NB 27-28),² y en el *Tractatus* se

² Siguiendo una convención habitual en los escritos dedicados a Wittgenstein citaré sus obras utilizando las abreviaturas de las obras de en inglés. Indico también la traducción utilizada para las citas en español.

BBB: *The Blue and Brown Books*, New York: Harper, 1958.

NB: *Note Books 1914-1916*, Chicago: University of Chicago Press, 1979.

LWPP: *Last Writings on the Philosophy of Psychology*, Oxford: Blackwell, 1982.

PI: *Philosophical Investigations*, Oxford: Blackwell, 1953 (*Investigaciones Filosóficas*, traducción de García Suárez y Ulises Moulines, Barcelona: Crítica, 1988).

RFM: *Remarks on the Foundation of Mathematics*, Oxford: Blackwell, 1978.

emplea el caso del cubo de Necker para ejemplificar los problemas generados por las actitudes epistémicas (TLM, props. 5.541- 5.5423). En el dictado a Waissman para Schlick de 1932 presenta con nitidez la idea de la comprensión como una manera de ver, utilizando el ejemplo del dibujo de un cubo y la distribución de puntos en una línea (VWVC, pág. 21 y 22). Ya durante su segunda estancia en Cambridge, la percepción de aspectos se toma en consideración como un aspecto crucial de la práctica matemática (primera parte de RFM), y aparece extensamente tratada en sus escritos específicamente dirigidos al lenguaje (tanto en las Investigaciones como en los Cuadernos Azul y Marrón). Además, es uno de los temas protagonistas de sus escritos tardíos sobre Filosofía de la Psicología (RPP, LWPP). Por último, aparece tratado con más o menos detenimiento en multitud de otros escritos (*Zettel* §155-225, *Remarks on Colours, On Certainty, Culture and Value*).

Como se ve, el tema conecta con muchos de los intereses y proyectos intelectuales de Wittgenstein, Es evidente el valor que tiene el tema para la Psicología, la Filosofía de la Percepción y la Filosofía de la Mente en general. Pero, además, tiene vínculos con la Estética y la Filosofía del Arte (la percepción estética depende de cómo veamos la obra de arte), la Ética (el juicio moral invita a ver una acción o situación de una manera determinada), así como la propia Filosofía de la Filosofía (ya que para Wittgenstein hacer filosofía es fundamentalmente proponer “maneras de ver” problemas y cuestiones). Pero el principal interés de Wittgenstein está conectado con la Filosofía del Lenguaje. Como veremos, parece buscar en él la clave para entender tanto la “vivencia del significado” como el tipo de destreza asociado a la competencia lingüística.³

RPP: *Remarks on the Philosophy of Psychology*, Oxford: Blackwell, 1980 (*Observaciones sobre Filosofía de la Psicología*, traducción de Luis Felipe Segura, UNAM, 1997).

TLM: *Tractatus Logico-Philosophicus*, translated by C.K. Ogden, Londres: Kegan Paul, 1922.

WLPP: *Wittgenstein's Lectures on Philosophical Psychology 1946-1947*, Chicago: University of Chicago Press (Lecciones de Filosofía de la Psicología 1946-1947, traducción de Isidoro Reguera y Andoni Alonso, Madrid: Alianza Editorial, 2004).

VWVC: *The Voices of Wittgenstein, The Vienna Circle*, Londres: Routledge, 2003.

Z: *Zettel*, Oxford: Blackwell, 1967.

³ Así lo manifiestan los editores del hasta ahora único volumen sobre el tema: “A recurring discovery in the chapters that follow is that there is something to be found in his remarks on aspect seeing that is crucial to, yet all but overlooked in, the reception of the later Wittgenstein.” (DAY y KREBS 2010, p. 4).

A pesar de su importancia, el tratamiento que hace Wittgenstein es bastante oscuro, propenso a la confusión, y su interpretación resulta esquivada y siempre polémica. Estas dificultades han persistido desde la publicación de las Investigaciones en 1953. Una persistencia que impulsa a Schroeder en el 2010 a citar como todavía válido lo que decía Mulhall en el 2001: “Half a century later it is probably still true to say that ‘Wittgenstein’s treatment of aspect perception continues to be one of the least explored and least understood of the major themes in his later philosophy’” (SCHROEDER 2010, p. 352, citando a MULHALL 2001).

Comenzaremos recordando, aunque sea someramente, cuáles son los problemas con los que pretende lidiar Wittgenstein. Como ya dije, el objeto de estudio es una familia de conceptos ligados al fenómeno general de la percepción de aspectos. No hay que buscar, bajo el rótulo de “percepción de aspectos” ningún concepto teórico sofisticado. Hablamos simplemente del fenómeno corriente en el que una persona se hace consciente de algún rasgo específico de aquello que tiene delante de los ojos, o en general al alcance de los sentidos. En la mayoría de los ejemplos tratados por Wittgenstein lo que se tiene “delante de los ojos” es un producto humano (una figura, una composición musical, una proposición...), aunque también hay ejemplos en que se trata de un producto de la naturaleza (un rostro, un paisaje, un objeto corriente...). La familia de nociones emparentadas es:

- (a) Ver A como B (por ejemplo, ver “esta” figura como la figura de un conejo),
- (b) Percibir el aspecto x de A (por ejemplo, percibir un pasaje musical como una danza),
- (c) Cambio de aspecto (por ejemplo, esta figura que antes veía como un conejo cambia de aspecto y ahora la veo como un pato),
- (d) Fulgurar del aspecto (por ejemplo, cuando repentinamente veo la figura como un conejo)
- (e) Ceguera a un aspecto (por ejemplo, alguien que es incapaz de ver estos dibujos como figuras de conejos)
- (f) Reacción al aspecto (por ejemplo, reacciono con una sonrisa después de percibir esta figura como un rostro sonriente).

La noción en la que Wittgenstein centra su análisis es la de cambio de aspecto. Siguiendo su metodología habitual Wittgenstein examina una gran

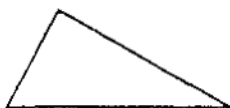
cantidad de casos muy variados y diversos entre sí (no hay pues que esperar que las conclusiones de su análisis se apliquen a todos): la caja de zapatos, la cabeza C-P, el triángulo, la doble aspa, el rostro sonriente, el cubo de Necker, el peldaño de arquitecto, la fila de puntos, el garabato parecido a una hache invertida... También alude a casos de fenómenos emparentados, aunque no está claro si Wittgenstein los está tomando como casos de cambio de aspecto: reconocer a un viejo conocido tras mucho tiempo, o a un objeto familiar en una posición extraña; ver el dibujo de un caballo en un cuadro como galopando, o el dibujo de una esfera como flotando; reconocer un pasaje musical como una “marcha” o una “danza”; descubrir el dibujo escondido en un acertijo gráfico... De todos ellos, quisiera destacar ahora algunos casos, a los que haré referencia más adelante. El preferido por Wittgenstein es la figura que él bautiza como la “cabeza C-P”, que puede ser vista como un conejo o como un pato:



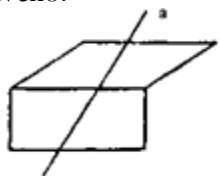
Además, tenemos la figura que Wittgenstein llama “doble aspa”, que puede ser vista como un aspa negra sobre fondo blanco o un aspa blanca sobre un fondo negro:



Llamaré “multi-triángulo” a la figura que puede ser vista como agujero triangular, como cuerpo, como dibujo geométrico, apoyado en la base, colgado de su punta, como montaña, como cuña, como flecha o aguja, como cuerpo caído, como medio paralelogramo, etc..



Por último, llamaré “peldaño de arquitecto” a la siguiente figura, que un estudiante de geometría proyectiva ha aprendido a ver como un peldaño convexo:



Como con todos los temas que trata, el objetivo principal y quizás único de Wittgenstein es clarificar la gramática de la percepción de aspectos, explorando sin alterarla la comprensión previa que tenemos de la misma. Ahora bien, como es sabido por todos, en las Investigaciones nunca se aborda el examen de ninguna cuestión si no es porque hay alguna confusión o algún error en su comprensión que hay que deshacer. ¿Cuáles son aquí las confusiones? Wittgenstein señala dos posibles fuentes de errores, aunque en realidad están tan ligadas entre sí que podríamos hablar de una sola:

- (a) “474. Lo que resulta incomprensible es que nada haya cambiado y que, no obstante, todo lo haya hecho. Ésta es, en realidad, la única manera de formularlo.” (RPP, vol. 2, p. 86c)
- (b) “Pero, ¿cómo es posible que se vea una cosa de acuerdo con una interpretación?” (PI, p. 461).

Hay pues, un carácter paradójico del “cambio de aspecto” que está presente ya en la experiencia cotidiana del fenómeno, y que se trasluce en la descripción que hacen del mismo aquellos que experimentan el cambio de aspecto (lo que se suele llamar “informes de primera persona” del fenómeno). Éstas personas declaran no haber experimentado ningún cambio en el “qualia” de su percepción (lo que a partir de ahora llamaré “sensación”). No dicen, por ejemplo, que vean más grande los dos óvalos de la izquierda de la cabeza C-P cuando las ven como pico que cuando las ven como orejas, o perciban el punto que representa el ojo más centrado cuando ven la figura como pato que cuando la ven como conejo. Y sin embargo también explican que, al cambiar el

aspecto, sienten como si hubiera habido un cambio, y un cambio importante, en lo que están percibiendo.

Además, esta naturaleza aparentemente contradictoria engendra otro nuevo problema. Y es que si, como el informe de primera persona indica, no hay un cambio en la sensación, y lo único que se ha alterado es que ahora interpreto la figura como conejo cuando antes la interpretaba como pato, entonces la nueva percepción surge de un cambio de interpretación. Pero la interpretación parece tener un carácter conceptual y la percepción, al menos desde el sentido común, no. No parece, por lo tanto, que pueda pasar lo que decimos que está pasando, que “vemos la figura según la nueva interpretación”. Esto último, “percibir según una interpretación”, es un rasgo común a toda la familia de conceptos antes mencionada, y a prácticamente todos los ejemplos que da Wittgenstein. Percibir un aspecto “parece ser” percibir según una interpretación.

De ahí pues que tanto la percepción del aspecto en general como las dobles figuras en especial despierten una impresión de misterio y hasta fascinación en los hablantes comunes (incluso antes de que vengan los filósofos a, según Wittgenstein, expandir el enigma). De ahí su masiva presencia en la mitología popular, la literatura, el arte, los *mass media* y hasta en pasatiempos populares como los acertijos gráficos o las colecciones de ilusiones ópticas.

Resumiendo, los dos problemas a resolver (o mejor dicho, a disolver), son:

- (a) informamos de que seguimos viendo lo mismo pero sin embargo vemos algo distinto;
- (b) informamos de que vemos de acuerdo con una interpretación.

2. UNA EXPLICACIÓN ERRÓNEA (Y UNA EXÉGESIS INCORRECTA)

Hay una explicación del cambio de aspecto en clave constructivista, que el mismo Wittgenstein se encarga de rechazar, según la cual lo que varía son elementos o propiedades de la imagen mental subjetiva. Así es cómo lo explica la Psicología de la Gestalt al explicar el cambio de aspecto en base a variaciones de la “organización” de la forma y el color que constituyen el input perceptivo. Muchos filósofos podrían ser acusados, si Wittgenstein lleva razón en este punto, de haber caído en el mismo error. Valga como ejemplo Peacocke, para quién en casos como los que explica Wittgenstein son las mismas propiedades de la figura las que son percibidas en cada caso, pero cambia la manera en que dichas propiedades son representadas en la experiencia (PEACOCKE 1983).

Wittgenstein refuta estas explicaciones de un plumazo, en cuanto constata que contradicen el informe de primera persona del fenómeno (y que describíamos en el apartado anterior): seguimos viendo lo mismo. Es decir, no sentimos que nada cambie en mi sensación; de hecho, no somos capaces de describir nada nuevo salvo lo que indicamos con el enunciado “ahora lo veo como...”. Esta falta de apoyo empírico alerta de que estamos en presencia, de nuevo, de un mito filosófico: la idea de una figura o imagen “interna”. Como los otros mitos filosóficos, éste no haría más que añadir ruido y confusión al problema. Primero, porque al introducir una nueva entidad, se multiplican las opciones teóricas y las cuestiones a resolver (su relación con las otras entidades, su status ontológico, etc.). Segundo, porque al ser nuestro acceso cognitivo a dicha entidad problemático (nosotros no percibimos tal “imagen interna”, como indica el informe de primera persona), aumenta el carácter misterioso del fenómeno (véase por ejemplo el análisis de la “habitación visual” en PI, §398 y ss.).

Por esas mismas razones descartaré como inválida cualquier exégesis de este capítulo de las Investigaciones que haga uso de nociones emparentadas con la de imagen interna, es decir, con propiedades de la sensación que son puestas por el sujeto. Así, podemos descartar la exégesis explorada críticamente por BUDD (1987, pp. 1-17) y aceptada como adecuada por FEARN (1988, pp. 32-46), la cual, siguiendo las líneas de Peacocke, distingue, para una experiencia visual entre “representational content” (la manera en que la experiencia representa el mundo, expresable en una proposición) y “sensational properties” (propiedades que caracterizan el tipo de experiencia y que no tiene en virtud de su contenido representacional). Por motivos similares también es rechazable la interpretación de MULHALL (1990; y MULHALL 2001, pp. 246-267). En mi opinión, Mulhall acierta al identificar lo que se aprecia en el cambio de aspecto con propiedades relacionales (vemos “similaridades” o “analogías” con otras figuras). Pero falla al hacer del “ver-como” un fenómeno general e inconsciente: toda percepción visual sería un ver algo como algo (por ejemplo, abro los ojos y veo “esto” como un árbol, aquello como una rama, etc.). Esto hace que reaparezca la paradoja de la imagen interna, ya que, en efecto, no sentimos que al comparar la figura con otras (en el cambio de aspecto) varíe la sensación. En mi opinión, la interpretación de Mulhall hace uso de un mito filosófico similar al de la imagen interna (aunque de éste no habla Wittgenstein): la percepción sesgada. Al hacer de todo ver un ver como, y consiguientemente, hacer de la percepción algo siempre mediatizado por una

interpretación previa, convierte todo percibir en un interpretar. A partir de ahí los peligros asociados a las filosofías de corte constructivista (social o ideal) asoman enseguida por la puerta.

Maticemos este punto. Estoy de acuerdo en que hay casos de ver como no solo en la visión de figuras y signos, sino también casos de ver como con objetos no semióticos, naturales o artificiales. Y aunque a Wittgenstein le interesan principalmente los primeros, también acepta o parece aceptar casos como los segundos (mencionamos algunos ejemplos en el apartado 1). Pero estos son tan excepcionales con respecto a la visión estándar como los casos de objetos semióticos. No son casos de ver como aquellos en que vemos un tenedor como un tenedor o percibimos un conejo como conejo, sino cuando vemos un tridente o una rama con la forma adecuada como un tenedor, o cuando vemos un conejo como una rata grande o como un honrado capitalista. Aunque, como más tarde defenderé, haya un tipo de percepción ligado a la interpretación, ésta no es más que un caso excepcional, pues según informan los hablantes normalmente percibimos “a secas”.⁴

En suma, descartamos todas las interpretaciones incompatibles con el anti-mentalismo y el anti-representacionalismo de Wittgenstein.

3. UNA EXPLICACIÓN CORRECTA (Y UNA EXÉGESIS ACERTADA)

La exégesis adecuada, según lo que vengo defendiendo, es la que explica el cambio de aspecto en base a un cambio en la interpretación. Y aquí “interpretación” ha de ser entendido como un acontecimiento cognitivo, por lo tanto:

- tiene naturaleza conceptual, es del tipo de “pensar”
- requiere aprendizaje (o puede requerirlo),
- es un acto,
- puede ser correcto o incorrecto (como el juicio).
- es, o puede ser, consciente,
- es, o puede ser, hecho voluntariamente.

⁴ “Asimismo, lo que se reconoce en la mesa como cubiertos tampoco se 'considera' como cubiertos; como tampoco al comer intentamos o nos esforzamos por mover la boca” (PI, p. 451).

Por ello el “cambio-de-aspecto” es un fenómeno excepcional, y el “ver como” un fenómeno no global y fundamentalmente ligado al aprendizaje y uso del lenguaje. Esto último se comprueba por el hecho de que no podemos explicar de otra manera el cambio de aspecto que mediante el informe lingüístico típico: veo como un conejo, veo como un peldaño, veo como una sonrisa... Ahora bien, hasta aquí el análisis de Wittgenstein todavía no se diferencia suficientemente de las concepciones de corte empirista que identifican los aspectos señalados por la interpretación como entidades puramente conceptuales, cuya relación con la experiencia es indirecta y puramente epistémica (son “apoyadas”, “confirmadas” o “justificadas” por la experiencia, pero no son experimentadas ellas mismas, no forman parte constituyente de nuestra experiencia). Ésta es la manera típica de tratar las entidades teóricas por parte del Positivismo Lógico, o de caracterizar las entidades físicas por parte del empirismo clásico inglés.⁵ Lo que separa (radicalmente) el planteamiento de Wittgenstein es su consideración del aspecto como algo percibido. Wittgenstein insiste una y otra vez en que el ver como es un tipo de visión. No es la visión normal, estándar (en contra de lo que dice Mulhall), aquella que se ve reflejada en oraciones con las que informamos o damos fe de hechos presenciados por nosotros (como cuando testificamos en un juicio); pero guarda los suficientes aires de familia con ella como para poder ser considerada como un tipo especial de visión, y de hecho así la calificamos los hablantes corrientes. Esto se hace patente en el caso de las dobles figuras y de los acertijos gráficos, cuando el individuo repentinamente “ve” el aspecto oculto. Como señala Wittgenstein, cuando se produce el cambio de aspecto uno tiene la vivencia de una nueva percepción que acompaña o se añade a la percepción previa (la cual, recordemos lo dicho en el apartado anterior, permanece inalterada):

Si alguien en una imagen (1) busca otra imagen (2) y la encuentra, ve entonces (1) de un modo nuevo. No sólo puede dar de ella un nuevo tipo de descripción, sino que al observarla así tuvo una nueva vivencia visual. (PI, p. 457)

La expresión del cambio de aspecto es la expresión de una nueva percepción, junto con la expresión de la percepción inmodificada (PI, p. 451).

⁵ Por ejemplo el rechazo de George Berkeley de las ideas de espacio, exterioridad y objetos colocados a distancia; por no ser “strictly speaking, the object of sight”.

¿Qué tipo de “visión” o “percepción” especial es esta percepción de aspectos? Para empezar, la percepción de aspectos es, fundamentalmente, la percepción de semejanzas (“En todos los casos puede decirse que uno tiene la vivencia de una comparación” (RPP I, §317)). Cuando vemos x como y vemos el parecido de x con y. Cuando vemos la cabeza C-P como conejo vemos su semejanza con otras figuras de conejo. Cuando vemos la cabeza C-P como pato vemos su parecido con otras figuras de pato. Tiene, pues, un carácter relacional (no la describiríamos como la percepción de una cosa, ni como la percepción de la propiedad monádica de una cosa, sino como la percepción de la relación de una cosa con otras) que la diferencia de los casos típicos en que hablamos de percepción.

Además de esta naturaleza relacional, en la percepción de aspectos se produce la intervención de facultades cognitivas que no aparecen involucradas (al menos no de la misma manera o en el mismo grado) en la percepción corriente. Para empezar, en muchos casos, se percibe la analogía entre un objeto presente y otros objetos ausentes, percibidos en el pasado. Así que requiere el uso de la memoria: si no fuera capaz de recordar los patos y las figuras de pato que he visto anteriormente, entonces no sería capaz de ver ningún pato en la figura C-P. Algo que resulta más obvio en el caso del reconocimiento del viejo amigo que llevaba mucho tiempo sin ver.

En segundo lugar, en muchos casos de ver como es necesario el uso de la imaginación. Esto pasa en general cuando percibimos figuras planas como objetos o espacios tridimensionales, como en el ejemplo del peldaño de arquitecto o el cubo de Necker. La imaginación también interviene en casos en los que la contemplación del aspecto requiere concebir una “historia” o una “narración”, por ejemplo al concebir el multi-triángulo como un objeto caído que debería estar apoyado sobre el cateto más corto: “Para ver este aspecto del triángulo se requiere de capacidad imaginativa” (PI, p. 477).

Por último, este carácter especial de la percepción de aspectos provoca que en muchos casos no es un logro que alcancemos ni inmediata ni espontáneamente. Requiere esfuerzo, concentración y, lo que es más llamativo, aprendizaje. Saber ver el peldaño de arquitecto como peldaño convexo (y descartar sistemáticamente la interpretación de la figura como cóncava) es algo

que requiere adiestramiento por parte de quien se inicia en la Geometría Proyectiva.⁶

Advirtamos que Wittgenstein explícitamente aclara que la intervención de la imaginación, la memoria y el aprendizaje no es general ni esencial al ver como. Podemos ver la cabeza C-P como conejo sin recurrir a la memoria, simplemente colocándola entre otras figuras de conejo, lo que nos permite hacer la comparación respecto a objetos presentes. Ver el multi-triángulo como un triángulo no parece requerir mucha imaginación, ni tampoco un aprendizaje especial. Incluso hay casos en los que alguien puede percibir un aspecto de manera espontánea, por ejemplo, un niño que todavía no habla podría ser capaz de ver los dos aspectos de la “doble aspa” simplemente cuando un adulto señala alternativamente un aspa blanca aislada y un aspa negra aislada (PI, p. 477). Como sabemos, que haya excepciones y peculiaridades, o que los rasgos distintivos de un fenómeno no se apliquen a todos los casos es algo que no despierta ninguna preocupación teórica a Wittgenstein, para quien no hay ni “esencia” del lenguaje ni condiciones necesarias y suficientes para ser algo (ni “hoja” ni “número”, ni “proposición” ni “juego de lenguaje”). Además, en este caso lejos de ser un defecto, que haya una gradación con casos muy diferentes tiene un importante valor teórico, como veremos en el apartado 5. De cualquier manera, en la medida en que puedan llamarse constitutivas de un concepto propiedades que no consideramos necesarias, me atrevería a decir que Wittgenstein delinea en estos pasajes de las Investigaciones la noción de un tipo sofisticado de percepción, la percepción de aspectos, caracterizada por tener como objeto la semejanza entre objetos, y por el papel muy activo que juegan en ella la memoria, la imaginación y el aprendizaje. Además, Wittgenstein proporciona un ingente repertorio de casos cotidianos, informes de primera persona y juegos de lenguaje, así como casos de percepción estándar que comparten algunos de los rasgos con la percepción de aspectos (reconocer a un viejo amigo tras un rato, descubrir un objeto familiar en un montón, aprender a escuchar los tonos musicales, etc.). Una base empírica suficiente para “anclar” la noción en la práctica lingüística cotidiana y disipar el riesgo de encontrarnos ante un nuevo “mito filosófico” como los que usaban los constructivistas para explicar el fenómeno.

⁶ El carácter sofisticado de la percepción del aspecto hace que en ocasiones incluso involucre la manipulación física del objeto que es figura. Así ocurre por ejemplo cuando colocamos las piezas del *tangram* para formar un rectángulo (RFM, p. 16 y ss.).

Resumiendo, la exégesis correcta pasa por entender:

- (i) el “ver como” como el ver según una interpretación,
- (ii) el cambio de aspecto como un cambio en la interpretación (manteniéndose indemne la sensación previa),
- (iii) el nuevo aspecto como una semejanza del objeto con otros que no es meramente pensada sino percibida (con la ayuda en muchos casos de la memoria, la imaginación y el aprendizaje).

4. LOS PROBLEMAS DE UNA EXPLICACIÓN

Hasta aquí, mi interpretación ha seguido los pasos de aquellas ofrecidas por autores previos. En concreto, no creo que se aleje mucho de la que proporciona Budd o, más recientemente, Schroeder en los trabajos citados antes. Ambos coinciden en rechazar enérgicamente cualquier recurso a “figuras internas”, y en considerar la percepción de aspectos como un tipo especial de percepción esencialmente vinculada a la interpretación y el lenguaje. También, (y en esto también coinciden con Mulhall), entienden la percepción de aspectos primariamente como una percepción de semejanzas.⁷ Sin embargo, aunque creo que esta línea hermenéutica es la apropiada, en mi opinión todavía queda trabajo por hacer y problemas por resolver.

Para empezar, hay problemas puramente exegéticos, pues esa interpretación parece ir en contra de lo que Wittgenstein dice “literalmente” en ocasiones. Hay muchos párrafos en los que compara el “ver como” con la visión normal, y hay mucho otros en los que con rotundidad desecha el “ver como” como un caso de visión: “El ‘ver como...’ no pertenece a la percepción” (PI, p. 453); “¿Veo realmente cada vez algo distinto, o sólo interpreto lo que veo de manera distinta? Me inclino a decir lo primero” (PI, p. 471).

⁷ “We have seen that the intrinsic nature of seeing something in accordance with an interpretation does not have an essence that is capable of being specified independently of the interpretation” (BUDD 1987, p. 13).

“To conclude: visual aspect perception may well be called ‘seeing’, although it is often more concept-laden than seeing just shapes and colors. An important result of the discussion so far is that one’s visual impression cannot be construed as an inner picture.” (SCHROEDER 2010, p. 363).

Tratándose de Wittgenstein, esto no es una sorpresa. La interpretación de cualquier párrafo o pasaje de su obra es siempre un asunto sumamente controvertido, como lo es la de cualquiera de sus propuestas filosóficas. Esto es así no por torpeza de los comentaristas, sino por el carácter “abierto” de sus textos, que siempre dejan al lector la tarea de formarse su opinión a partir de los datos y sugerencias proporcionados. No creo, por esta razón, que sea útil enzarzarse en una interminable discusión sobre quién lleva la razón sobre lo que Wittgenstein quería o no quería decir. Es más provechoso comprobar simplemente si hay “sitio” en el libro para una determinada interpretación, y (como haremos más tarde) examinar el valor filosófico de la misma. Para ello presentaré una serie de rápidas alegaciones:

-que el que parezca contradecirse es “típico de Wittgenstein” (se sigue del carácter dialógico de muchos pasajes, y de la metodología casi mayéutica seguida, con una estructura del tipo “pregunta-respuesta-problema-pregunta-respuesta-problema...”),

-que presenta una gran cantidad de casos muy distintos entre sí, con una gradación de “carga conceptual” creciente; los más simples son los que más se adecuan a la idea de que la interpretación es un tipo de percepción (recordaré de nuevo que en las Investigaciones no hay “esencia” del fenómeno, no hay nunca un análisis global y único).

- que en muchos casos el *dictum* de Wittgenstein se explica por el hecho de que en el “ver como” la interpretación se basa directamente en una percepción (esto no ocurre, o no ocurre claramente, en otros casos de interpretación⁸).

-que en muchos otros casos el *dictum* de Wittgenstein se puede explicar en base a la caracterización de la interpretación como algo objetivo y fáctico que proporcionaré más tarde (y que explicaré en su momento).

Pero también hay problemas internos o puramente filosóficos, pues la explicación deja aspectos de la experiencia cotidiana del “ver como” sin explicar, y parece ser incompatible con otros. Debo decir que, en mi opinión, estos son más cruciales que los exegéticos, pues ante una propuesta filosófica siempre es más valioso y urgente determinar su corrección que identificar a

⁸ Por ejemplo, cuando dice: “La expresión del cambio de aspecto es la expresión de una nueva percepción, junto con la expresión de la percepción inmodificada” (PI, p. 451). Más adelante precisaré este punto

quién la propone. Los problemas filosóficos surgen de ese aparente carácter “híbrido” del ver según una interpretación, que parece ser, en palabras del propio Wittgenstein, mitad ver mitad pensar. Las naturalezas tan diferentes de ambos tipos de actos hacen de “ver según una interpretación” un concepto tenso.

Para empezar, está la cuestión de que la interpretación es una forma de juicio. Tanto en su consideración filosófica como desde el sentido común, un juicio es un acontecimiento que tiene lugar en un instante y lugar concretos (hablo de interpretación en tanto que acto de interpretar y no en tanto que resultado de dicho acto). No se “está” en un juicio sino que se “hace” un juicio. Y aunque Wittgenstein admite algunos casos en los que el juicio puede tener un carácter relativamente continuo (cuando hablamos por ejemplo de la interpretación que una persona le da a una regla exhibida en el uso que la persona hace repetidamente de la regla), en los casos del cambio de aspecto Wittgenstein explícitamente afirma que no es el caso: “Lo ves de acuerdo, no con una interpretación, sino con un acto de interpretar.” (RPP, vol. II, p. 522). El ver como, por el contrario, es o puede ser continuo. En el caso del fulgor del aspecto, o cuando la percepción es fugaz (pongamos que miro a la figura en un veloz “abrir y cerrar de ojos”), cabe hablar de un acontecimiento (“lo vi como conejo”) pero son más habituales los casos en los que la percepción ocupa un lapso de tiempo extendido (“lo estoy viendo como conejo”). La incompatibilidad es similar a la que, en la primera parte de las Investigaciones, ocurría entre la comprensión de la regla entendida como una intelección (como un acto) y el conocimiento de la regla exhibido en las aplicaciones sucesivas de la misma en diversas situaciones. Pero si allí Wittgenstein deshacía el conflicto descartando la idea de la comprensión de la regla como una intelección, y sustituyéndola por el acierto reiterado en la aplicación de la regla, aquí Wittgenstein insiste en que la interpretación involucrada en el ver como es un acto cognitivo (las razones de esta insistencia, además del testimonio a favor ofrecido por los informes de primera persona, serán expuestas en el apartado 5).

El segundo problema se hace patente en el momento en que advertimos que la interpretación, como todo juicio, incluye una hipótesis, una tesis o una opinión que puede ser (y normalmente lo es) contrastada a efectos de determinar la corrección de la interpretación. Es decir, hay interpretaciones correctas o incorrectas, buenas o malas, ciertas o inciertas. Incluso podemos decir, sin violentar demasiado al castellano, que hay interpretaciones falsas e

interpretaciones verdaderas. Pero en el ver como no parece, prima facie, que quepa hablar de corrección e incorrección. Tendemos a pensar que cualquiera puede ver el aspecto que desee en la figura. Del mismo modo que uno no puede alzar la vista al cielo un día de primavera y ver en las nubes paisajes numinosos, animales fantásticos y retratos de personaje celebres, no sentimos que nadie esté “obligado” a reconocer un aspecto de la figura como adecuado o a desechar otros como incorrectos.

En resumen, nuestros dos problemas son:

- (1) interpretar es una acción, el ver como es continuo,
- (2) interpretar puede ser falso o incorrecto, el ver como no parece serlo.⁹

5. UNA TESIS HERMENÉUTICA

Como suele ocurrir con Wittgenstein, es importante ser consciente de qué es lo que no está haciendo. Sobre todo, hay que tener muy presente que en estos párrafos Wittgenstein no está explicando el significado (por ejemplo, el significado de conejo o de “figura de conejo”). A qué podemos llamar significado ya ha sido amplia y exhaustivamente tratado en la primera parte de las Investigaciones, donde incluso se sugiere una aproximación de definición: su uso (PI, §43). También ha quedado perfectamente claro que saber el significado es una habilidad pública, por lo que es inútil buscar su rastro “dentro” de la cabeza del hablante. Tampoco es, *strictu sensu*, una explicación de lo que es un “aire de familia” (aunque, como veremos inmediatamente, la relación con el concepto es más estrecha). Como ocurre con otros términos “técnicos” (juego de lenguaje, modos de vida, herramienta...) su significado no es diferente del que tiene en su uso corriente, por lo que no es requerida ninguna explicación ulterior a la presentación efectuada en el parágrafo 7 de la primera parte. Pero tampoco hay que olvidar que, aunque aquí no se trata directamente el problema del significado, el interés de Wittgenstein por estos asuntos deriva de su interés primordial y casi obsesivo por el lenguaje. En

⁹ Estos dos problemas también son destacados y correctamente expuestos por BUDD (1987, p. 11) y SCHROEDER (2010, p. 362 y ss.). No me resulta satisfactoria, sin embargo, la solución que aportan, pues se limitan a explicar que surgen como consecuencia del carácter híbrido del ver como, que incluye casos muy diversos, unos más próximos a la percepción estándar y otros más próximos a la interpretación estándar. En mi opinión, es este carácter híbrido, así como el sentido de la gradación, el que hay que aclarar; lo que intentaré hacer en las secciones siguientes.

efecto, el tema y la preocupación prácticamente única de las Investigaciones es el Lenguaje, y cualquier otra ruta por la que circule Wittgenstein, Filosofía de la Mente, Filosofía de la Lógica, Epistemología o, como aquí, Filosofía de la Percepción, es siempre para disolver confusiones, evitar equívocos o disipar confusiones en torno a la naturaleza del lenguaje. Así pues, la pregunta que debemos responder, antes de nada, es: ¿qué aspectos de la comprensión filosófica del lenguaje desea aclarar Wittgenstein examinando el “ver como” y las dobles figuras? En mi opinión, dos aspectos íntimamente relacionados entre sí por el hecho de que tienen que ver con lo que pasa “dentro de la cabeza” de los hablantes. Dos aspectos que no son, por lo tanto, troncales (no constituyen el problema del lenguaje), pero que tienen un interés colateral, ya que un malentendido sobre ellos puede contagiar a toda la comprensión del lenguaje.¹⁰

El primer aspecto es uno que ha ocupado extensamente a Wittgenstein en sentido negativo (es decir, aclarando lo que no es y con lo que puede ser confundido, por ejemplo, la captación de un objeto abstracto presente en la mente) pero que apenas si ha rozado esporádicamente en sentido positivo (aclarando lo que sí es): la vivencia del lenguaje. En efecto, Wittgenstein introduce el tema de la percepción del aspecto como un paso importante en la aclaración de nuestra experiencia de los signos y figuras como algo “vivo”.¹¹ Aunque, dados los límites de espacio, no me será posible entrar en detalle en su análisis, los conceptos claves aquí son los de la “reacción al aspecto” y la “ceguera al aspecto”. Respecto al primero, uno de los puntos más llamativos de la percepción del aspecto es que en multitud de ocasiones reaccionemos ante lo

¹⁰ Una cuestión exegética menor apunta a la pregunta contrafáctica sobre el lugar que estos pasajes ocuparían en el manuscrito final si Wittgenstein hubiera llegado a elaborarlo. En el prólogo a la primera edición de la obra en 1953, los editores (Anscombe y Rhees) afirman que si Wittgenstein hubiera publicado su obra hubiera sustituido el final de la primera parte por una reelaboración de la segunda parte (incluyendo, por lo tanto, el capítulo ii, en el que trata de la percepción del aspecto). A pesar de ello, los editores de la cuarta edición en 2009 (Hacker y Schulte) expulsan estos pasajes del cuerpo de la obra trasladándolos al apéndice con el título *Philosophy of Psychology—A Fragment* (dicho sea de paso, dificultando enormemente la tarea de citar fragmentos de la misma). En mi opinión, no es importante la elección del solar para instalar este edificio dentro de la heteróclita “ciudad” del corpus wittgensteiniano, y sí lo es, y mucho, identificar el lugar que ocupa en su concepción del lenguaje.

¹¹ “La importancia de este concepto radica en la conexión entre los conceptos ‘ver un aspecto’ y ‘vivir el significado de una palabra’. Pues queremos preguntar: ‘¿Qué le faltaría a quien no vive el significado de una palabra?’” (PI, p. 461)

percibido como si fuera algo real. Ésta es una peculiaridad del ser humano, el que trate la figura como si fuera una cosa. Forma parte de nuestra forma de vida el que reaccionemos ante representaciones como ante objetos reales. Aquí también hay una gradación de casos, desde el niño que de forma instintiva trata a su muñeca y se encariña con ella como con un ser humano, hasta el conductor que tras un refinado proceso de culturización siente como el semáforo en rojo no le “deja” pasar. El punto de mira de Wittgenstein, obviamente, está puesto en el lenguaje, ya que esta reacción ante las figuras se repite ante las palabras. Las “piezas” de los juegos de lenguaje se encuentran a un extremo de la gradación. Los ejemplos se pueden multiplicar aquí: Juan me obligó (cuando Juan sólo emitió la oración “hazlo”); en mi casa tengo elefantes, jirafas, hipopótamos...¹² Cuando, en los pasajes posteriores, introduce el tema de la ceguera a los aspectos, sugiere que seres ciegos a los aspectos serían incapaces de gozar de esa relación íntima con el lenguaje característica del ser humano.¹³

El segundo aspecto es, por decirlo así, un problema residual de su explicación del aprendizaje y conocimiento del lenguaje. Explicaré primero cómo aparece en su explicación de en qué consiste saber seguir una regla. Como es bien sabido, en el llamado “argumento sobre seguir una regla” Wittgenstein pretende sentar que lo que pasa dentro de la cabeza del hablante es completamente irrelevante para determinar si éste sigue o no sigue una regla. Pero es evidente que “algo” sí pasa (hombres sin mente o sin cerebro no serían

¹² “¿Qué pasaría con esta explicación: ‘Puedo ver algo como aquello de lo que puede ser una figura?’” (PI, p. 461).

¹³ “De aquel que ve este dibujo como este animal, esperaré algo distinto que de aquel que sólo sabe lo que el dibujo pretende representar. Quizás hubiera resultado mejor esta expresión: Consideramos la fotografía, la figura colgada en la pared, como el objeto mismo (hombre, paisaje, etc.) que se representa en ellas. Esto no tendría que ser así. Sería fácil imaginarnos seres humanos que no tuvieran esta relación con tales figuras. Personas que, por ejemplo, se sentirían repelidas por las fotografías, porque un rostro sin color, quizás incluso un rostro a escala reducida, les parecería algo inhumano.” (PI, p. 471)

Dicho sea de paso, hay otra razón para la insistencia de Wittgenstein en este punto. Es una forma más de dejar claro que, aunque en nuestra indagación del problema apelemos a los informes de primera persona, tanto el significado de “ver como” como el de “cambio de aspecto” es tan público e intersubjetivo como el del resto de expresiones de nuestro lenguaje. De ahí que si no hubiera una manifestación en nuestra conducta del cambio de aspecto, si no pudiera ser colegido por los demás a partir de nuestra “reacción”, toda la familia de expresiones y toda la discusión al respecto no tendría ningún sentido.

capaces de hablar, claro), y como el propio Wittgenstein advierte, aunque nosotros lectores le concedamos que “lo que pasa en la cabeza” no forma parte del juego de lenguaje (no forma parte de la regla ni de la aplicación de la regla), es muy probable que sigamos preguntándonos sobre ello, dándole vueltas a qué puede ser y qué no puede ser. Y es también probable que al buscar la respuesta volvamos sobre algunos de los elementos de la “vieja historia” que Wittgenstein tan concienzudamente se ha dedicado a desmontar: comprensión de la definición, posesión de un concepto, interiorización del algoritmo, etc. Así pues, si se desea que la mosca salga definitivamente de la botella, se hace necesario ofrecer alguna explicación o cuando menos una aclaración de la actividad cognitiva que tiene lugar mientras se siguen las reglas (y que, insisto, no forma parte pero sí acompaña y hasta es causa necesaria del seguir la regla). El mismo problema residual aparece, a un nivel muy general, cuando sustituimos la noción tradicional de concepto por la de aire de familia. El significado no es el aire de familia, pero para saber el significado (para saber usar la palabra) se requiere la habilidad de reconocer aires de familia. Y algo pasa en mi cabeza, algo estoy haciendo, cuando identifico un aire de familia. Una vez más, si se quiere conjurar definitivamente la confusión, es preciso ofrecer al lector una aclaración de en qué consiste la habilidad para reconocer y manejar aires de familia. Si no, se corre el riesgo de que “vuelva” a la vieja historia: “sé que estas cosas tienen un aire de familia porque soy capaz de determinar que todas ellas caen bajo el mismo concepto, o soy capaz de determinar que comparten el mismo haz de propiedades, etc.”.

Intentaré describir el camino que lleva a la percepción de aspectos desde la concepción del significado de Wittgenstein. Aunque he venido usando el término “conceptual” para describir la naturaleza de la interpretación, la palabra “concepto” puede resultar engañosa si se utiliza de la manera tradicional. Como es bien sabido, para Wittgenstein no existen conceptos si estos se entienden como entidades abstractas, como formas sin materia o como objetos mentales. Como tampoco existen conceptos si se toman como entidades cerradas por definiciones que determinan unívocamente una extensión (para abreviar, llamaré en adelante a esta noción de concepto como algo abstracto y cerrado con el término “idea”). Las Investigaciones están plagadas de argumentos contra la noción de concepto como idea (sobre seguir una regla, indeterminación de la definición ostensiva, lenguaje privado, preeminencia del contexto, etc.). Para sustituirla Wittgenstein propone la de “aire de familia”: parecidos y diferencias entre una serie de cosas. Los aires de

familia se distinguen radicalmente de las ideas. Primero, porque son esencial e irresolublemente vagos. Hay aquí una doble raíz de la indeterminación, que es importante tener presente en todo momento. Recordemos, una vez más, que el concepto, ni siquiera identificado con el aire de familia es el “significado”. El significado es cómo y para qué se usa cada palabra en cada situación. Ahora bien, para poder usar adecuadamente la palabra en cada situación uno debe saber asociar la palabra con uno o varios aires de familia pertinentes en el contexto. Hay aquí dos cosas que el hablante debe aprender a hacer, y en ambas hay un umbral de vaguedad irreducible. Por un lado, debe saber “manejar” la convención tácita que liga la palabra con los aires de familia. Esta convención es comunitaria (no la pone el sujeto, sino el conjunto de los hablantes), pero no está fija, sino que va cambiando “as we go along”, adaptándose a las necesidades e intereses de la comunidad lingüística, o simplemente modificándose según el contexto particular en que está siendo usada la palabra (hoy acierto al traerle una vid a Juan, quien me ha pedido un árbol para adornar su salón, pero mañana no acierto cuando planto una vid en el jardín de Pedro, quien me ha pedido un árbol pensando en disfrutar de su sombra). La convención es, pues, sistemáticamente ambigua (esto, recordemos, no es un defecto sino una gran ventaja en opinión de Wittgenstein). Por otro lado, uno debe aprender a detectar los aires de familia en los objetos (cosas, personas o signos, recordemos que para Wittgenstein todo puede constituir parte del “juego del lenguaje”). Aquí aparece otro umbral de vaguedad, más férreo si cabe que el impuesto por la volubilidad de la convención, y que surge de la complejidad e infinita variedad del mundo en que vivimos. Los distintos ejemplos que presenta Wittgenstein en la primera parte del libro (con distintas herramientas, con hojas, con números, con dolores, con cosas azules, con juegos, con Moisés, con cubos, con sumas...) sirven para convencernos de que la cantidad de aspectos de una cosa, y por lo tanto la cantidad de parecidos y diferencias con cualquier otra cosa o grupo de cosas, es de una magnitud tal, que cualquier intento de dar una definición unívoca de uno de ellos está condenado al fracaso (de ahí también el fracaso del atomismo lógico). Por otro lado, no hay que buscar en este límite ninguna imposición divina ni ningún a priori metafísico. Si fuéramos puntos en una línea o magos omniscientes quizás no habría tal límite a la precisión, pero comoquiera que somos limitados humanos viviendo en un entorno de ingente riqueza y variedad, la ambigüedad es la norma.

Ahora bien, el hecho de que no podamos definir unívocamente los parecidos, y la consiguiente ambigüedad de los aires de familia, ha hecho pensar a muchos que no son objetivos, sino que son puestos por el o los hablantes. En mi opinión, ésta es una idea equivocada. Equivocada, sobre todo, cuando es atribuida a Wittgenstein. En contra de tal idea, a continuación defenderé la siguiente tesis hermenéutica:

Los parecidos y diferencias son objetivos.

Cuando digo que los parecidos y diferencias son objetivos quiero decir que no son imaginados o meramente pensados por el sujeto, sino que están ya en el mundo, en las cosas mismas. Por ello califica de “interna” (palabra que Wittgenstein usa como sinónimo de necesaria) la relación del objeto presente con otros objetos que es percibida en el fulgurar del aspecto (PI, p. 485). En este trabajo pretendo apoyar dicha tesis hermenéutica como ingrediente imprescindible para culminar la exégesis de los párrafos dedicados a la percepción de aspectos, pero deseo señalar que dicha tesis se justifica también a partir de una lectura global de las Investigaciones. Lectura que, por evidentes razones de espacio, no justificaré con rigor aquí, pero que se puede inferir a partir de tres aspectos sobre su concepción del lenguaje (en cuya justificación, por los mismos motivos, tampoco entraré aquí):

- el anti-mentalismo de Wittgenstein (la mente no produce significados),
- el anti-representacionalismo de Wittgenstein (el lenguaje no representa),
- el realismo en torno al significado de Wittgenstein (las palabras significan).

La ecuación es la siguiente. Descartemos una lectura escéptica de las Investigaciones; es decir, aceptemos que hay un elemento objetivo en el lenguaje, que hace que éste sea no sólo usable sino también usado (RFF, §4), y que hace que la persona que escribe “102” al otro lado de “100+2” tenga una justificación de la que carece quien escribe 104 (realismo en torno al significado). Ahora bien, el fundamento de esta objetividad no puede buscarse, *à la* Kant o *à la* Frege, en estados o contenidos de la mente, ya nos quedemos en ellos o los usemos como media para transitar a algún reino platónico de entidades abstractas (anti-mentalismo). Y tampoco se encontrará, *à la* Carnap o *à la* “Wittgenstein-del-*Tractatus*”, en el lenguaje mismo, pues fuera de su uso en situaciones reales, en el lenguaje no hay nada (anti-representacionalismo). Así que no nos queda otro sitio en que buscar que el mundo mismo. Esta

fundamentación *in re*, que cuando adoptamos una perspectiva colectiva (de todo un lenguaje y una comunidad lingüística) Wittgenstein describe entre otros sitios en el capítulo XII de la segunda parte de las *Investigaciones*,¹⁴ cuando adoptamos una perspectiva individual (de un hablante particular y una palabra concreta) se refleja en el reconocimiento de la objetividad de los aspectos percibidos por el hablante y explotados en el lenguaje.

Resulta fascinante que esta “maniobra” de Wittgenstein le habilite para responder a la vez a las dos cuestiones que planteábamos al comienzo de este apartado (la vivencia del significado y la percepción de los aires de familia), y que, como dijimos, el filósofo austriaco acometía un tanto a regañadientes. Ahora tenemos una explicación de lo que estamos haciendo al detectar un aire de familia: percibir un parecido objetivo de esto que tenemos delante de los ojos con otras cosas (utilizando la memoria y la imaginación). Pero también tenemos una explicación de la vivencia del significado: el significado es percibido, lo “vemos”. Lo vemos cuando estamos usando la palabra, porque sentimos la analogía entre esta aplicación posible de la palabra y otras aplicaciones pasadas (aunque esto requiere un aprendizaje), y lo vemos cuando al pensar en una palabra (con más ayuda de la memoria y de la imaginación) recordamos el parecido entre distintas ocasiones de uso de la palabra: “¿Cómo puede verse un significado? ¿No es arbitrario el significado? Esto es como: ¿cómo puedo entender (la técnica de uso de) un palabra en un momento? Parece, sin embargo, que tenemos experiencias del significado: p. ej., la experiencia de tomar en un sentido una palabra ambigua” (WLPP, p. 137). Por ese motivo alguien ciego a los aspectos no sería capaz de experimentar ni usar el lenguaje como nosotros (no podría jugar a nuestros juegos de lenguaje), y alguien ciego a un determinado aspecto importante para una palabra o una regla terminará usando mal la palabra. Y por ello no basta con entender la definición, hay que “ver” el significado; sólo así se puede interpretar correctamente, sólo así se puede comprender.¹⁵ El niño del párrafo 185, que

¹⁴ “Si la formación de conceptos se puede explicar a partir de hechos naturales, ¿no nos debería interesar entonces, en vez de la gramática, lo que subyace a ella en la naturaleza?—Ciertamente, también nos interesa la correspondencia de conceptos con hechos naturales muy generales.” (PI, p. 523)

¹⁵ “La comprensión en tanto que experiencia de ver un signo es una manera particular de ver el signo. Y hablo de una manera de ver si veo el dibujo de un cubo ahora de una manera, ahora de otra como un cubo u otra vez lo veo como un dibujo (como un simple adorno)” (VWVC, p. 21, la traducción es mía).

continúa la serie “+2” al llegar a 1000 sumando 4, falla no porque no entienda la regla, sino porque no es capaz de identificar la analogía entre esta situación entre los casos pasados de aplicación de la regla y el actual que es relevante ahora (recordemos que hay siempre un umbral de incertidumbre sobre cuál es el o los aires de familia asociados a una palabra y como deben ser utilizados en el contexto de uso particular), o simplemente porque percibe otra analogía (que, dicho sea de paso, también nosotros percibimos) entre el caso presente y los pasados, que no es la que nuestra convención para sumar dos explota.¹⁶

De ahí la importancia de la “gradación” de casos proporcionado. En los casos más simples, como la doble aspa, enseguida advertimos el fundamento in re de la interpretación, y la percepción de aspectos no se diferencia mucho de la percepción corriente. En los casos más complicados, como el del peldaño de arquitecto, o, de otra manera, en la visión del multi-triángulo como una montaña, la objetividad del aspecto no es tan evidente, y su percepción es un asunto más complejo (más intervención de la imaginación y el aprendizaje). Ahora bien, no hay salto cualitativo. Que Wittgenstein nos convenza de la existencia de un aire de familia entre los casos más simples y los más complejos, no sólo nos hará aceptar el fundamento in re de estos últimos, sino que además sirve para explicar cómo se aprenden y/o cómo se generan las lenguas (otra de las preocupaciones de Wittgenstein desde el principio del libro).

Resumiré. En base a la comparación de la interpretación en particular y el juicio en general con la percepción que Wittgenstein efectúa en el capítulo XI (y recordemos que el significado depende de la concordancia en los juicios, PI §242), uno podría colegir que la intención de Wittgenstein es aproximar o asimilar la percepción a la interpretación. Pero quien hace esto se equivoca, pues lo que pretende Wittgenstein es resaltar los rasgos de la interpretación que son compartidos con la percepción, y que avalan su objetividad. Wittgenstein

¹⁶ Al tratar conceptos matemáticos es cuando queda claro que la objetividad del significado depende del hecho de que podamos “verlo” plasmado en figuras y situaciones reales. En la primera parte RFM muestra como nuestra aceptación de los teoremas matemáticos se produce no a raíz de haber seguido su prueba formal a partir de axiomas o postulados, sino a través de su aplicación a figuras, croquis y situaciones reales. En muchas ocasiones Wittgenstein dice que “vemos” el teorema en la figura o situación correspondiente, o que la figura nos “obliga” a aceptar el teorema (p.ej. RFM, §38,55,59)

nos invita a ver la interpretación como percepción, no a ver la percepción como interpretación.¹⁷

6. SOLUCIONANDO LOS PROBLEMAS (Y PLANTEANDO OTROS NUEVOS)

Una vez completada la exégesis con la tesis introducida en el apartado anterior, la resolución de los problemas que quedaron pendientes en la sección 4 no es una ardua tarea. Para empezar, ahora entendemos mejor por qué el “ver como” es continuo en la mayoría de los casos, a pesar de que la interpretación tiene la forma de un juicio y por lo tanto tiene una naturaleza instantánea. Aunque el cambio de aspecto en la percepción es el producto de una interpretación, los nuevos aspectos no son a su vez el producto de la interpretación. Están ahí, han estado ahí, delante de los ojos, todo el tiempo. Simplemente me han pasado desapercibidos, como el dibujo del niño gafotas en “Buscando a Wally” o el bolígrafo que no consigo encontrar entre los cachivaches de mi escritorio. Una vez que consigo interpretar la figura del nuevo modo soy capaz, si lo deseo, de concentrarme en ese aspecto de la figura y verlo de manera continua, y por ello puedo verla o dejar de verla como X a voluntad. Ahora podemos explicar mejor en qué consiste el fulgurar del aspecto. En el fulgurar del aspecto X, “percibimos en un instante” una nueva propiedad de la figura, en la que nos concentramos cuando “percibimos de forma continua” la figura como X a partir de ese momento. Una vez más, que esta nueva percepción que tiene lugar en el fulgurar requiera imaginación, destreza, memoria, aprendizaje o dominio de una técnica no nos debe inquietar lo más mínimo. No es diferente de lo que ocurre con respecto a la percepción corriente, cuando, por poner un rápido ejemplo, Sherlock Holmes ve en la escena del crimen multitud de detalles que a Watson y Lestrade les pasan desapercibidos.

También estamos en condiciones ahora de comprender por qué uno puede “ver como” falsa o incorrectamente. Si la interpretación que posibilita el ver

¹⁷ Me atreveré a decir que, en lo que a mí respecta, echo de menos que en la literatura sobre el tema no se haya prestado más atención a esta invitación de Wittgenstein a entender el juicio como un tipo de percepción, que va a la par con su afirmación de que el significado es “visto”. Destacaré, en el haber, a Sandra Laugier, quien acierta en señalar que “in place of our usual tendency to think of perception as a judgment, Wittgenstein asks us to see judgment as itself a kind of seeing” (LAUGIER 2010, p. 59).

como se basa en la detección de propiedades reales de la figura u objeto que tiene delante, si tales propiedades no son reales o no se detectan adecuadamente no sólo la interpretación es equivocada, sino que además uno cree ver un aspecto que en realidad no existe y, por lo tanto, uno ve *x* como *y* erróneamente. Hay aquí dos fuentes de errores, que tienen que ver con los dos polos de la interpretación que describimos en la sección anterior (la convención y la percepción), y que también conviene no confundir. Por un lado, están los errores que van del lado de la percepción. Esto se da cuando uno cree percibir analogías objetivas que en realidad no existen. Esto se daría, por ejemplo, en situaciones en las que hay alguna anomalía en nuestro entorno (“*x* e *y* me parecieron del mismo color por culpa de una mala iluminación”) o en nuestro sistema perceptivo (“cuando me puse las gafas me di cuenta de que *x* e *y* no tenían la misma forma”), o simplemente por descuido (“si hubiera mirado mejor, me hubiera dado cuenta de que sus rostros eran muy distintos”). Cabe hablar también de casos de ilusiones ópticas al nivel de los parecidos y las diferencias. Cuando alguien me presenta uno de esos cuadros con arquitecturas imposibles de Escher, puede ocurrir que al principio vea la figura como una casa corriente. He juzgado un parecido con las casas reales o con las representaciones de casas reales que no tiene. Tras un rato persiguiendo con la vista a los personajes e intentando hacerlos llegar con la imaginación de un lado a otro de la casa, descubro que estaba equivocado, que he obviado una diferencia notable, y que me equivocaba al ver la figura como una casa corriente.

Por otro lado, están los errores del lado de la convención. Es decir, uno puede identificar un aspecto que sí existe, pero que no es el apropiado en la situación de habla *y*, consecuentemente, hace una mala interpretación. Esto ocurre frecuentemente en el aprendizaje no sólo de las matemáticas (como el niño que sumaba 1004) sino de los distintos juegos de lenguaje. En todo caso, tales errores aparecen también entre adultos competentes. Por ejemplo, cuando a uno se le invita a ver un aspa en la figura doble aspa puede verla como el aspa de un avión (líneas negras) cuando en realidad se desea que vea el aspa de un molino (líneas blancas), y esto puede tener consecuencias negativas en la situación concreta en que se produce el error (por ejemplo, si te pido que me traigas “un aspa como ésta”). Para no olvidar ni minusvalorar la dimensión pública del lenguaje, es importante darse cuenta de que éste no es sólo un error en la interpretación, sino también un error en la percepción. Percibo

erróneamente cuando lo que percibo no es lo relevante en esa situación de habla, aunque lo que perciba exista en la situación física.

Hasta aquí llega mi exégesis. Soy consciente, no obstante, de que es más que probable que el lector albergue algunas dudas sobre la naturaleza y propiedad de las nociones invocadas. Sospecho que a Wittgenstein, dado su “quietismo” (dicho *à la* McDowell), apenas le inquietarían, por ser más propias de los filósofos académicos que del “hombre de la calle”. Pero para los que no seguimos su restringido programa creo que hay una estimulante vía de trabajo en su exploración y explotación teórica, así que, aunque sea telegráficamente, me gustaría dejar esbozados aquí las nuevas cuestiones suscitadas.

Por un lado, habrá dudas sobre la naturaleza del tipo de percepción sofisticada implicada en el ver como. Tradicionalmente los objetos de la percepción son propiedades simples del tipo color, forma, tamaño para la visión, duración, volumen y tono para el oído, etc. El acceso a las propiedades de alto nivel (*high level properties*) superviene en el acceso a las otras y comporta procesos inferenciales. No obstante ello, hay autores que han defendido la percepción de dichas propiedades, por ejemplo SIEWERT (1998), PIETROSKI (2000) (centrado en la percepción de relaciones causales) y SIEGEL (2006). Ésta última también acepta la intervención de habilidades o conocimientos previos en la percepción. Más afín al planteamiento que sale de mi interpretación de las Investigaciones, la defensa que el psicólogo y filósofo del arte Rudolf Arnheim efectuó de la “inteligencia” de la percepción visual y de los aspectos “visuales” del pensamiento abstracto (ARNHEIM 1969). Tengo claro que Wittgenstein aboga por la percepción de propiedades de alto nivel (como lo hace el hablante común), no sólo en el análisis del ver como, sino en muchos otros sitios (por ejemplo, cuando discutiendo el carácter público de las vivencias defiende que percibimos que otra persona está triste; o cuando describe los procesos de aprendizaje en los que el alumno ve propiedades matemáticas instanciadas en los signos escritos por el profesor en la pizarra o en la manipulación de montones de piedras). La originalidad del planteamiento de Wittgenstein (aparte de su fundamentación en la práctica del lenguaje) estriba en la sugerencia de que la percepción de las propiedades de alto nivel no siempre va después ni depende causal o constitutivamente de la percepción de las propiedades simples, sino que la percepción de unas y otras van a la par en la biografía cognitiva de la persona. Incluso, en muchos casos es necesario primero apercebirse de sutiles diferencias y parecidos (los “finos matices del comportamiento”) antes de poder percibir propiedades simples.

Por otro lado, hay una cuestión ontológica derivada de mi tesis hermenéutica que defiende la objetividad de las semejanzas. Para empezar, las propiedades de semejanza son relacionales. Como sabemos, hay muchos autores remisos a aceptar como objetivas propiedades que no sean intrínsecas (para evitar la aparición de “cambios Cambridge”). Pero además, hay muchos más que se negarían a aceptar específicamente las relaciones de semejanza como relaciones objetivas. En la tradición analítica se justifica ese rechazo por la consideración de que la semejanza es siempre relativa a un contexto o a un individuo (lo que es parecido según X no es parecido según Y). Además, muchos de los planteamientos anti-realistas contemporáneos que parten del nihilismo ontológico de corte nietzscheano, infieren su conclusión escéptica a partir de la tesis de que las propiedades de semejanza no son objetivas y la tesis de que no existen o no son determinables las propiedades simples o intrínsecas.¹⁸ No voy a emprender aquí una defensa argumentada de la objetividad de las semejanzas (más allá de que nos la encontremos cuando, como Wittgenstein, tiramos del hilo del lenguaje), algo que excede no sólo los objetivos de este trabajo sino muy posiblemente las capacidades de su modesto autor; pero sí me gustaría dejar señalado que hay aquí un hueco en el enmarañado espacio de la discusión realismo-escepticismo-idealismo que quizás merezca la pena explorar más detenidamente.¹⁹

Javier Vilanova Arias
Universidad Complutense de Madrid
vilanova@filos.ucm.es

¹⁸ Un ejercicio especialmente instructivo es la confrontación del pasaje en “Verdad y Mentira en sentido extramoral” en el que Nietzsche utiliza las diferencias entre hojas para rechazar el concepto de hojas (NIETZSCHE, p. 547), y el pasaje en las Investigaciones en que Wittgenstein destaca las diferencias entre hojas para concluir que no hay condición necesaria y suficiente para ser una hoja y consiguientemente “hoja” sólo puede designar un aire de familia (PI, §73 a 76). La pregunta que hay que hacerse es: ¿por qué Nietzsche infiere una conclusión escéptica de lo mismo de lo que Wittgenstein infiere la necesidad de reformar nuestra noción de significado? O, mejor aún: ¿por qué uno acaba en el escepticismo y el otro sigue siendo realista?

¹⁹ Por poner un ejemplo, a este hueco pertenece la solución al problema de la fundamentación perceptiva de las creencias sugerida por SELLARS (1956, p. 160) basada en la aceptación de hechos de la forma “x es semejante a y”, y que el mismo Sellars descarta, en mi opinión demasiado rápidamente, por (usando sus términos) no ser más que una versión realista del mito de lo dado.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNHEIM, R. (1969): *Visual Thinking*, Berkeley: University of California Press.
- BUDD, M. (1987): "Wittgenstein on Seeing Aspects", *Mind*, nº 96.
- DAY, W. y KREBS, V. J. (eds.) (2010): *Seeing Wittgenstein Anew*, Cambridge: Cambridge University Press.
- FEARN, J. (1988): "Seeing Aspects, Seeing Value", *Sorites*, nº 9.
- LAUGIER, S. (2010): "Aspects. Sense, Perception", en Day y Krebs (eds.), *Seeing Wittgenstein Anew*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MULHALL, S. (1990): *On Being in the World: Wittgenstein and Heidegger on Seeing Aspects*, Londres: Routledge.
- MULHALL, S. (2001): "Seeing Aspects", en H. J. Glock (ed.), *Wittgenstein: A Critical Reader*, Oxford: Blackwell.
- NIETZSCHE, F.: *Obras Completas, vol. I*, Buenos Aires: Ediciones Prestigio.
- PEACOCKE, C. (1983): *Sense and Content*, Oxford: Oxford University Press.
- PIETROSKI, P. M. (2000): *Causing Actions*, Oxford: Oxford University Press.
- SELLARS, W. (1956): "Empiricism and the Philosophy of Mind", en W. Sellars, *Science, Perception and Reality*, Londre: Routledge & Kegan Paul, 1963.
- SCHROEDER (2010): "A Tale of Two Problems: Wittgenstein's Discussion of Aspect Perception", en Cottingham y P.M.S. Hacker (eds), *Mind, Method, and Morality: Essays in Honour of Anthony Kenny*, Oxford: Oxford University Press.
- SIEGEL, S. (2006): "Which Properties are Represented in Perception?", en Szabo y Hawthorne (eds.), *In Perceptual Experience*, Oxford, Oxford University Press.
- SIEWERT, CH. (1998): *The Significance of Consciousness*, Princeton: Princeton University Press.